

359

LOS CIGARRILLOS



SON LOS MEJORES

Fifi - Lulu - Mimi

ALEARDO VILLA (Milán).

SEGUNDOS ACCÉSITS



PEDRO RIBERA (París).



GIOVANNI CARPANETTO (Turín).



FERNANDO ALBERTI (Madrid).



MAX HUBENER (París).

DE BUENA RAZA

No lo dude, mi querido conde,—concluyó Luisa Carvajal, sonriendo con picante intención,—en sociedad nos burlamos mutuamente y, merced á este perpétuo engaño, vivimos siempre con la preocupación de *bordar* ¿no lo dicen así los críticos teatrales? nuestros papeles respectivos.

—Así, pues, usted, amiga mía, nos engaña.
—Y engaña usted y engañamos todos, conde, pues pretendemos ocultar nuestros defectos y poner de relieve nuestras buenas cualidades; queremos siempre que nos juzguen mejores que lo que somos, y sólo mostramos la parte iluminada; la otra queda entre sombras.

—Sin embargo, hay existencias luminosas...
—¿Qué raras, amigo mío!
—La de usted, sin ir más lejos, Luisa, á pesar de ese misterioso nimbo que rodea su pasado y que da origen á tantas leyendas; viéndola á usted se comprende que, desde luego, pertenece usted á una raza superior, á esa parte selecta de la sociedad, á la que por derecho de nacimiento pertenecemos.

—Se equivoca usted pensando que la cultura exquisita, elevación moral y hermosura física, son patrimonio de una clase; con energía y perseverancia se alcanza todo, hasta lo más difícil, y para lograrlo no crea usted que es necesario haber nacido selecto, como usted dice. Yo soy una prueba evidente de mi teoría.

—¿Usted?
—Yo, sí, que he logrado con esa leyenda misteriosa á que usted se refería, que usted y otros como usted estén dispuestos á sostener á capa y á espada que soy una princesa de rancio y purísimo abolengo.

—Es usted tan hermosa como original, querida amiga, pero no me convence usted. Por mi parte no podré creer nunca que su distinción, su naturalidad y su *esprit* sean dones adquiridos.

—Pues se equivoca usted lamentablemente, conde; toda esa naturalidad, distinción y espiritualidad que cortesmente acumula sobre mí, no serían, caso de poseerlas, más que un triunfo de mi voluntad.

—Será como usted dice, mi bella amiga, pero toda esa filosofía encantadora, como suya, no consigue convencerme. Precisamente, usted misma me ofrece armas para combatirla y mantener mi creencia.

—Querido *selecto*,—contestó sonriendo Luisa.—Es usted muy tenaz; veamos esas armas.

—Me las sugiere su talento y su ingenio que, en general, salvo muy contadas excepciones, sólo poseen las personas que han nacido y vivido en un ambiente favorable al desarrollo de aquellas cualidades...

—No prosiga usted; está usted hoy muy desgraciado, amigo mío; niego, pero en absoluto, que para tener ese talento y esa exquisita figura de espíritu de que hablamos, sea preciso el ambiente á que usted alude... Nacemos todos con nuestra parte de inteligencia; á unos se les desarrolla, á otros se les atrofia; los primeros ocupan el sitio que conquistan en el escenario social, los otros viven y mueren siendo parias, víctimas de su falta de voluntad, de la negación de su energía. Así, pues, verá usted familias, muchas por cierto, en que algunos de sus individuos representan preeminentes papeles en nuestro teatro, mientras otros de su misma sangre, viven miserablemente, como miserables que son...

—¡Imposible! querida Luisa, no puedo comprender que la misma sangre dé origen á seres antagónicos y á cualidades negativas.

—Pues yo lo sostengo.
—Confíese usted amiga mía, que su argumentación, es por lo menos exagerada.

—Con que, exagerada, ¿verdad conde?—repuso Luisa, impaciente y deletreando sus frases con una ironía que llamó la atención del aristócrata.

En aquel momento, nuestros interlocutores observaron que el acto que presenciaban desde un palco, había terminado, percibiéndose el confuso rumor de los espectadores al abandonar sus localidades. Luisa Carvajal, la enigmática hermosura de moda en los círculos aristocráticos, levantóse también y acompañada por el conde de Casares se dirigió al vestíbulo, sonriendo nerviosamente.

—¿Habrá venido su carruaje, Luisa?
—Creo que no, pues di orden para que me viniesen á buscar más tarde;... pero como no es cuerdo esperararlo aquí, sea usted galante y acompañeme á buscar uno de alquiler.

—Como usted guste.
Por la espaciosa plazuela pasaban algunos vehículos de alquiler con sus cocheros gesticulando, visible el *alquila* y restallando sus látigos sobre los míseros lomos de sus cansados jamelgos.

Luisa Carvajal los examinaba con curiosa atención, como si esperase descubrir algún rostro conocido.

—¿Qué hacemos?...—interrogó el conde.
—Espere usted; quería ofrecer á usted una prueba...
—¿De qué?
—De lo que antes habíamos...

De pronto avanzó un coche, cuyo conductor, de abrutado semblante congestionado por el abuso del alcohol, volvió el rostro al pasar frente á la aristocrática pareja, murmurando con avinado acento:

—¡Hola, Luisa!
—¡Adiós, Juan!... Para, hombre...
Y volviéndose al conde estupefacto, agregó Luisa sonriendo:

—¿Sube usted?
—¿Pero quién es este hombre?—preguntó el de Casares.
—Mi hermano, señor conde...

ENRIQUE BAYONA

175

SEGUNDOS ACCÉSITS



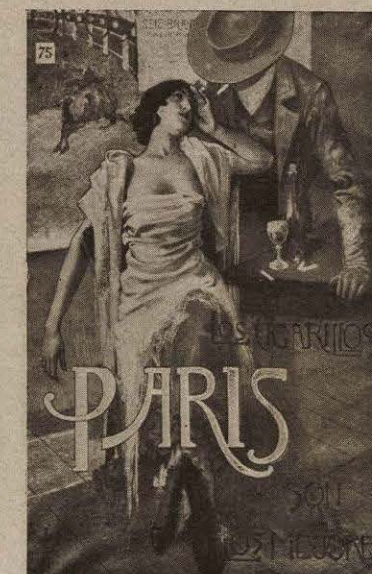
ETTORE BIGLIARDI (Milán).



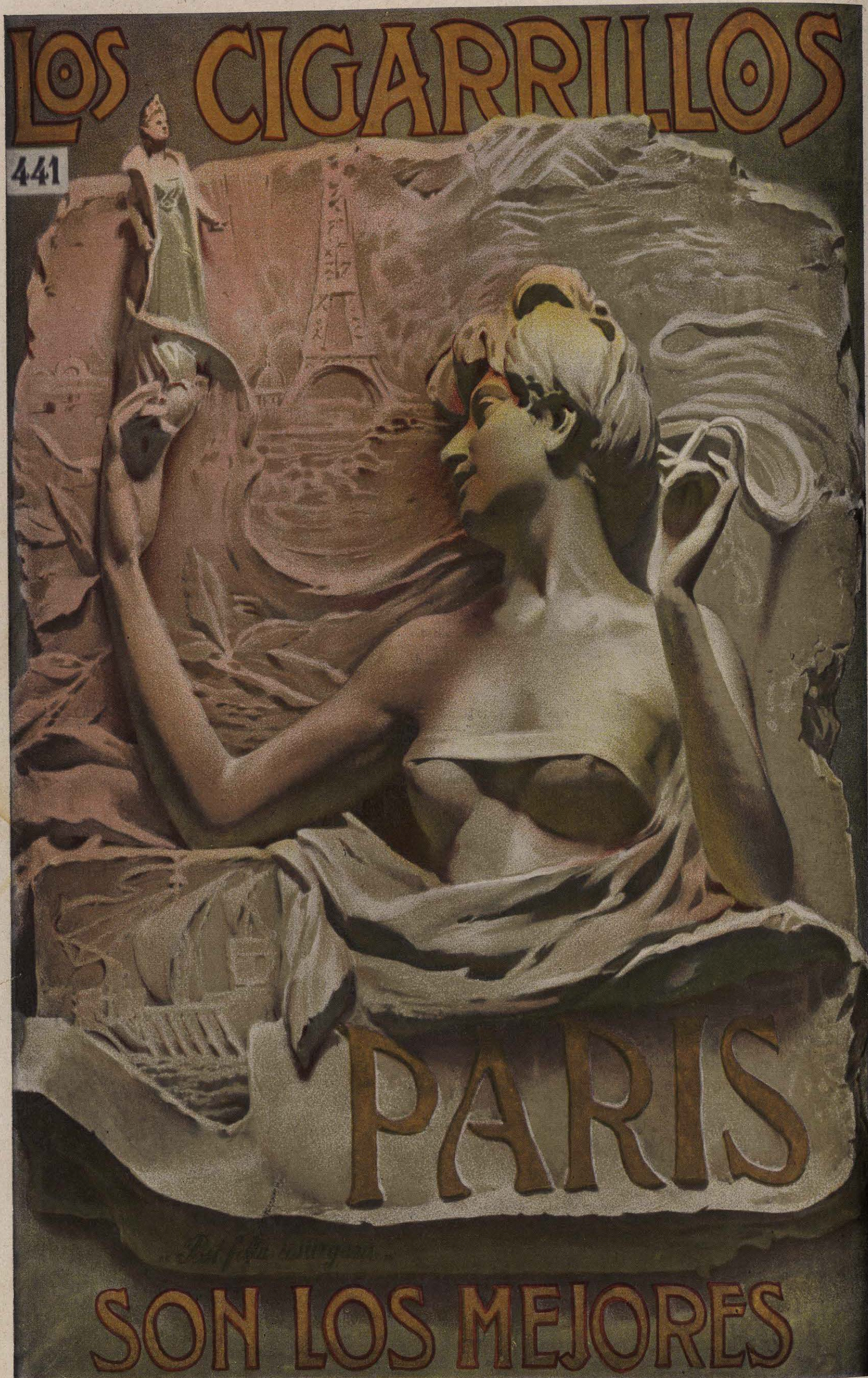
FRANCISCO BENESCH (Bs. Aires).



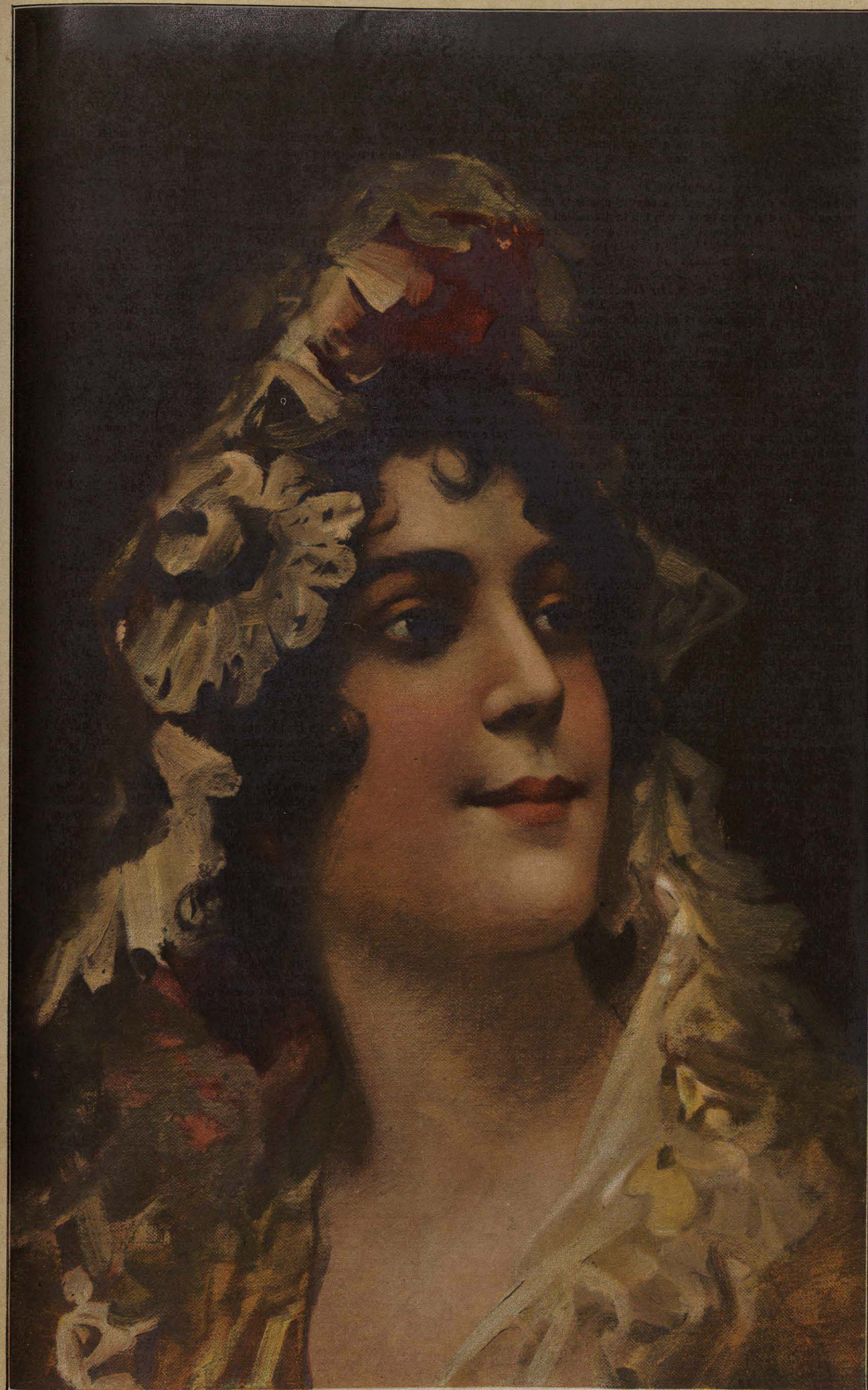
LUIS PALAO (Madrid).



ARTHUR FOACHE (París).



A. VACCARI Y T. TASSO (BUENOS AIRES).



CUADRO DE A. TORRES FUSTER.